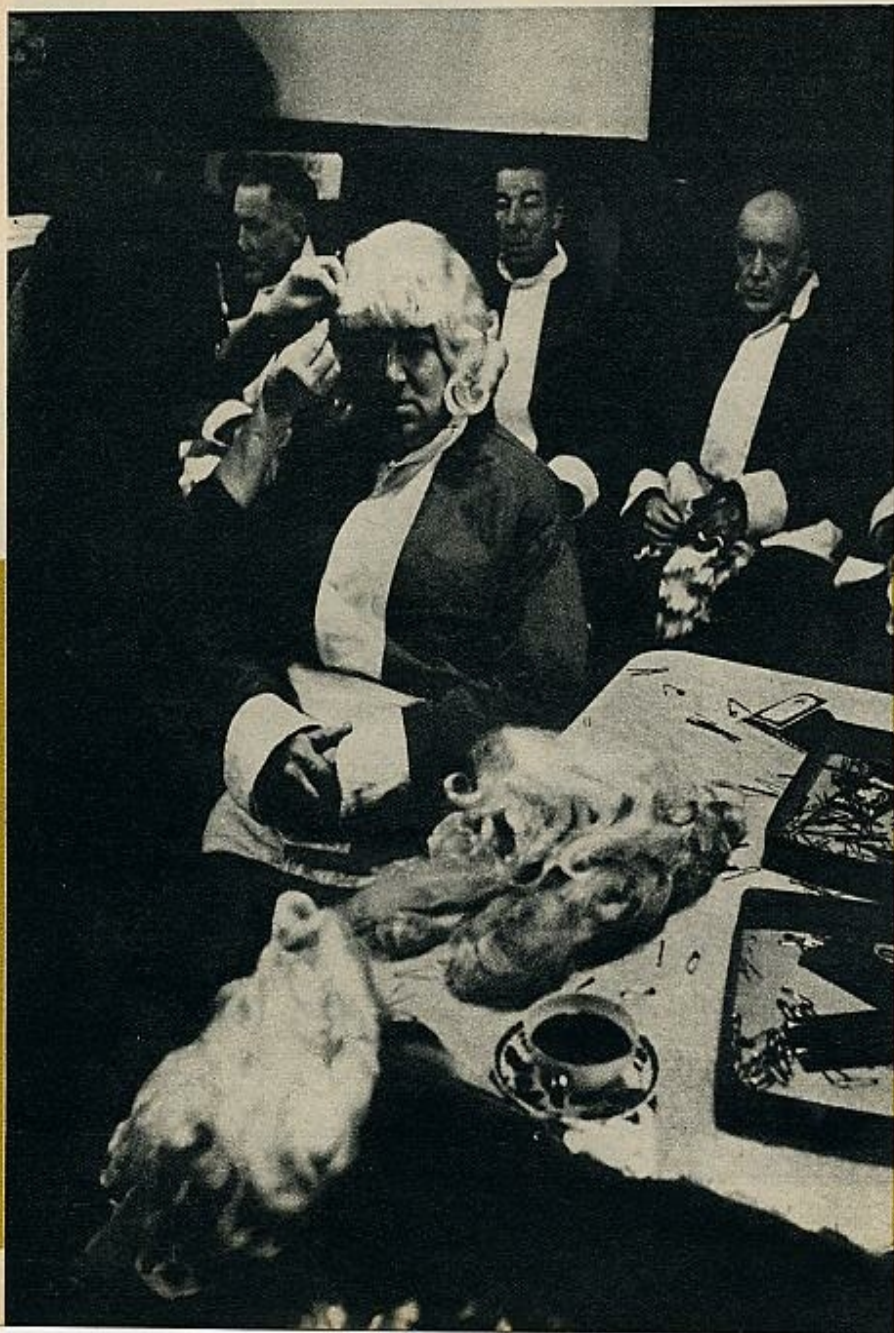


SANTA CLAUS VA A LA ESCUELA

Por J. L. MARTINEZ-REDONDO
Reportaje grafico: Dennis Stock - Magnum

Una buena peluca que tape la calva de este serio señor que después se transformará para solaz de chicos y grandes. Sonreirán, felices. Olvidarán sus desesperanzas para que todos tengamos nuestras esperanzas.



Santa Claus o Papé Noel escucha atentamente las cebolla, ni hacer promesas fáciles. Su misión es

EN Times Square, entre la multitud, a las puertas de los comercios, de los teatros; en las esquinas mezclados con pintorescos visionarios y profetas de religiones de un solo adepto, que explican su credo con la Biblia en la mano mientras un borracho —como un lazariillo— sostiene el pabelón de los Estados Unidos. A la vuelta de Times Square, en la calle 42, entre teddy-boys blancos, negros, amarillos y cobrizos que se contonean como buscarruidos. A la puerta de los establecimientos de Broadway donde se comercia con novelitas prohibidas y donde los truchimanes colocan a los tu-





instrucciones. No deben beber, ni fumar, ni comer ajos y llevar alegría y ternura a los demás. Nada más ni nada menos.

ristas bellisimos transistores o máquinas fotográficas o magnetófonos que en las mejores tiendas son más baratos y de más duración. En Queens, en Brooklyn, en New Jersey y en el Bronx. En la Quinta Avenida y en Harlem. Allí están ahora, hoy, rompiendo el tedio de la prisa. Con sus chaquetones de rojo vital, con sus largas barbas blancas, con sus gorros de cuento infantil, con su campanilla tintineante; gorditos, tiernos, sonrientes. El Santa Claus de los norteamericanos. El Papá Noel de muchos países europeos. Los niños no conciben la Navidad sin este personaje que encarna los sueños de la

SIGUE



Barba blanca, bigote, casaca roja con ribetes blancos... Varias semanas antes de la Navidad empieza el entrenamiento que culmina en el solemne momento de la caracterización. Esta resulta siempre perfecta.

FOTO STUDIO POMES



LE DAN LAS BUENAS NOCHES

CONFECCIONADAS EN TRES CALIDADES:
DE LUXE • SUPERIOR • RECIA

SANTA CLAUS

grey menuda. Los grandes, a fuerza de verlos año tras año por estas fechas, no se hacen preguntas y acaban por considerar imprescindible su presencia en las calles del país.

Si cae usted en Nueva York alguna vez por Navidad, fíjese bien en estos portatilusiones. Porque acaban de salir de la escuela. La profesión de Papá Noel exige un concienzudo entrenamiento que por sí mismos no pueden realizar. Una organización llamada «Los Voluntarios de América» se encarga todos los años de preparar a los cientos de hombres que alegrarán con su presencia las esquinas y los rincones urbanos de los Estados Unidos. Santa Claus o Papá Noel sigue unos cursos donde se le recomienda que no pierda jamás el buen talante y que durante el tiempo navideño no coma ajo ni cebolla —¿no recuerdan?: también Don Quijote le decía a Sancho que no los probara «porque en el olor demuestras tu villanía»— para que las gentes se acerquen a ellos sin prevención. Santa Claus no debe probar el alcohol, ni fumar, ni hacer promesas fabulosas que la vida se puede encargar de desbaratar. Alegría y ternura. Simpatía y comedimiento. Y si sienten frío —que lo sienten—, una escapada al refugio que para ellos tienen «Los Voluntarios de América», donde se podrán calentar con una rica taza de café entre las manos.

Estos humanos símbolos del festejo navideño, que ni quitan ni ponen en realidad al concepto cristiano de la Navidad, que hacen sentirse buenos a los crios y a nosotros que les miramos, han tenido a veces su «mala prensa». Hubo una vez, en Francia, hace diez años por ahora, que fue quemada en Dijon una efigie de Papá Noel. «El culto creciente de los niños franceses a Papá Noel está tomando peligrosos caracteres de impostura», dijo justificando su acción el autor de aquel extraño proceso. Brotó la polémica y los franceses —escritores, académicos, periodistas y hombres del pueblo— discutieron en los periódicos. Opiniones varias y para todas las tendencias. El canónigo Kir, alcalde de Dijon, aseguró que «crela» en Papá Noel y que no veía daño alguno en su simbolismo mientras haga felices a los niños. Rostand dijo: «Fuera Noel». André Bondú en «Le Monde»: «¿Por qué no poetizar la vida de los niños?» En «Le Figaro», George Rayón escribió: «No se trata de mezclar el Niño Jesús en la distribución de los tambores y muñecas. Esto sería un verdadero sacrilegio que la polémica podría favorecer. Papá Noel me parece digno de indulgencia, a título temporal, sin ninguna delegación celeste.» Y Françoise Mittrand: «Los niños de Dijon pueden, sin gran peligro, quemar a Noel. Lo que me inquieta es que hayan puesto de su parte al juez, al Derecho y a Dios.» Hasta ahí llegó la cosa. Francia sigue hoy con su «Père Noel». Continúa habiendo detractores. En Francia y en todas partes. Incluso en Norteamérica. Pero también hay quienes piensan que sintiéndose mejores las gentes se acercan a Dios y que Dios acoge estos gestos humanos con benevolencia.

Por lo demás, detrás de estos Santa Claus o Papás Noel que han ido a la escuela



Ya está. «Usted a la calle 42». «Usted a Lexington Avenue». «Usted a la puerta de Woolworth o de Stern». «Una campanita que suene bien y si siente frío combátalo con café en el refugio de «Los Voluntarios de América»



La organización que se cuida de instruir a los Papás Noel ha montado unos refugios donde éstos pueden descansar cuando la dura tarea cotidiana les vence. Allí charlan de sus inusitadas y graciosas experiencias.

hay mucho drama vital, muchas desilusiones, muchos fracasos que el mismo ejercicio de esta profesión navideña atenúa. Viejos actores sin trabajo, rechazados de las nóminas de Broadway y de Hollywood; anclanos que se resisten al asilo... Estas dos semanas que conforman la Navidad son para ellos una ocasión de ingresar algo contante en el bolsillo para subir sin demasiada fatiga la cuesta de enero. Y, sin

embargo, estos hombres se sienten felices. A los niños no se les puede mirar con amargura. Los niños nos ven desde abajo, impotentes, hechos, seguros, responsables, míticos. Y esto lo saben mejor que nadie los derrotados. Los niños son como un espejo donde se nos devuelve la imagen del tiempo ido. Hay que ser muy malo para pagarles con amargura el favor que nos hacen de estar viendo la vida como no es.